



Nancy Fernández
Ensayos críticos. Violencia y política en la literatura argentina
Córdoba
Alición
2020
273 páginas

PALABRAS CLAVE: LITERATURA ARGENTINA –
POLÍTICA – TRADICIÓN – VIOLENCIA
KEYWORDS: ARGENTINE LITERATURE – POLITICS –
TRADITION – VIOLENCE

Consistencias, insistencias, inconsistencias: las tramas de la nacionalidad

Bruno Crisorio¹

Un buen modo de leer un libro siempre es confrontarlo con aquello que promete: podríamos comenzar, en este caso, por la propuesta de Nancy Fernández de “pensar en qué consiste la cultura argentina, cuáles son las condiciones de aquellas supervivencias que anudan el tejido de la literatura y su historia” (p. 11). Uno esperaría, después de leer semejante afirmación, un ensayo destinado a rastrear la emergencia y la consolidación de los símbolos y discursos que configuraron y configuran una identidad nacional, así como el rol que la literatura ha jugado en esa conformación. El error de esta interpretación, que el libro se encarga de despejar rápidamente, estaría en considerar la cultura como única, monolítica y estática, cuando se trata en verdad de un entramado (un tejido) de significaciones en pugna, de cristalizaciones ideológicas y de reescrituras profanatorias, de ejercicios de poder y actos de rebeldía. La contraposición entre canon y tradición, que la autora recupera de Piglia y que da al libro su subtítulo (“Tradición, canon y reescrituras”), remite a la concepción de la cultura como un espacio plural y conflictivo: mientras que el canon se asocia al poder en su función legitimadora y normativizadora,

¹ Graduado en Licenciatura en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Becario del CONICET. Dirección de contacto: bruno.crisorio@gmail.com

jerarquizando y delimitando obras, autores y lecturas, la tradición (las tradiciones) se mueve libremente en los márgenes, jugando con las significaciones a su alcance y discutiendo incluso las imposiciones del canon.

Si se me permite el juego con las palabras, entonces, de lo que trata el libro o lo que intenta averiguar no es tanto en qué consiste una cultura (la argentina) sino cómo insiste, persiste y sobre todo inconsistente o se disgrega. O mejor dicho: en la primera parte del libro, que toma por objeto un recorte de la literatura del siglo XIX (en el sentido de texto escrito, ya que también se incluye la correspondencia entre Sarmiento y Alberdi o la *Excursión a los indios ranqueles*) hay una pregunta por la consistencia, por los mecanismos (políticos y narrativos) mediante los cuales se “funda una tradición”, según la paradójica y provocativa formulación de Nancy Fernández, que evidencia la autoconsciencia que tuvo la nación argentina desde sus orígenes (antes de ser Argentina propiamente hablando). Leyendo a Mansilla, Hernández o Ascasubi, Fernández observa con sutileza cómo se organizan y resuelven discursivamente las contradicciones políticas e ideológicas de la época (frente al indio o al gaucho, o incluso en disputas al interior de la “civilización” como las que oponen a Sarmiento y Alberdi). El aplazamiento narrativo del conflicto con los ranqueles, por ejemplo, es uno de los momentos en los que la autora se detiene para señalar cómo el propio texto de Mansilla, al mismo tiempo que delimita espacios de enunciación diferentes (los que leen y escriben y los que no, o incluso los textos con validez legal y los que no la tienen), posterga un conflicto inevitable que al final se resolverá con otra treta ideológica: la apelación abstracta a la argentinidad. Sin simplezas ni afirmaciones maniqueas, Fernández muestra cómo la cultura (en este caso, la así llamada alta cultura, o al menos la cultura de los letrados), en muchos casos apropiándose de la lengua y la cultura populares, distingue y separa lugares de enunciación, de legalidad y/o legitimación, espacios físicos, redes de sociabilidad, etc.; y al mismo tiempo, cómo la lengua es siempre, tanto instrumento más o menos explícito de exclusión y sometimiento, como el no lugar de todas las transacciones y todos los préstamos. La agudeza de su crítica pasa por vincular estas conceptualizaciones abstractas con aspectos reconocibles en los textos: la problemática enunciación del *Martín Fierro* en relación con sus paratextos, con sus diferentes contextos de producción y con otros textos de Hernández, por ejemplo; o los ideogramas morales que se filtran en *Paulino Lucero* a través de diferencias estilísticas; o la distancia enunciativa entre un Sarmiento presionado por la coyuntura, y un Alberdi con una visión más proyectiva.

La segunda parte (esta es una interpretación mía, ya que el libro está dividido en capítulos sucesivos) comienza con un capítulo bisagra, titulado “Usos y relecturas en el siglo XX”. En el primer apartado del capítulo se encuentra el verdadero programa del libro, y si no se incluyó como introducción es por mantener un criterio

cronológico comprensible, ya que para hablar de relecturas es útil dar cuenta primero de cómo se formaron las lecturas. Aquí se tematiza la relación entre violencia y escritura (trazando una genealogía conocida, que va de “El matadero” a “La fiesta del monstruo” y que hace de la masa el sujeto violento e ignorante, para luego desplazarse y subvertirse en “El fiord” de Lamborghini), entre violencia y política (la violencia como un conjunto de prácticas ilegales pero avaladas por el Estado); aquí se interpreta la cultura como un múltiple juego de apropiaciones y desplazamientos, repeticiones y diferencias en el campo siempre conflictivo e irregular de la nación; aquí se constatan y señalan los mitos fundacionales, las ficciones de origen, las fábulas de identidad que las escrituras del siglo XX analizadas posteriormente vendrán a poner en cuestión; aquí, finalmente, se expondrán los dos “núcleos traumáticos” de la cultura argentina: Rosas y Perón. Cito a continuación un fragmento del capítulo que podría encabezar el libro en su conjunto: “De lo que se trata en géneros, prácticas, discursos y escrituras que intento analizar es del recorte de un problema político y cultural sobre la base de una persistencia desplazada, de una insistencia móvil, mutante: la violencia, unidad estructural mínima, en tanto motivo (estético, ideológico) que atañe a diferentes modelos de figuración, independientes de una idea de totalidad generalizadora [...] la violencia es tema en tanto eje que articula en sus variaciones históricas, seriales y genealógicas, un corpus cuya extensión desde los inicios hasta el presente firma su potencia significante, su puntualidad intensiva al momento de pensar el sentido de la experiencia de una cultura, de una comunidad, en su partición y disenso constitutivos” (pág. 137).

A continuación, y desde una perspectiva postestructuralista (avalada desde ya por su objeto de estudio), Fernández despliega un corpus deliberadamente inconcluso de obras y autores “herederos” de las vanguardias, si entendemos con Derrida que la herencia conlleva la traición: Perlongher, los hermanos Lamborghini, Aira, Mauricio Kartún, Guebel, Copi. Si la ideología coagula sentidos en torno a lo nacional, en este caso la argentinidad o lo argentino, y para ello obtura la potencia diseminante de los textos y el lenguaje desde una legitimidad institucional (el Estado), estos autores aplazan deliberadamente el sentido, ponen a jugar la lengua en su materialidad significante y deconstruyen (o profanan, según un término agambeniano que aparece más de una vez en el libro) los símbolos, discursos, ídolos y lugares comunes que unifican, y dividen, la nacionalidad. La Evita de Perlongher o de Copi, el himno nacional en “El riseñor” de Leónidas Lamborghini, Juan Moreira en *La vida por Perón*, de Daniel Guebel, dejan de ser motivos de identificación para ser campos de experimentación, más amorosa o más irónica, de travestimiento, de parodia. En este contexto, importantes hallazgos se encuentran acaso en la morosidad con que Fernández atiende a la materialidad de los textos sin pasar abruptamente a

sus relaciones ideológicas y políticas con lo social. Es allí, cuando el *close reading* detiene el fluir de la argumentación, que aparecen frases fulgurantes como que la lengua de Osvaldo Lamborghini está liberada de la culpa, o que “El riseñor” de su hermano es “la poesía transformada en juguete” (pág. 214).

En definitiva, el libro se deja pensar como un conjunto de ensayos de contra interpretación nacional. Esto no quiere decir que reniegue de la interpretación, o que deje de pensar y reflexionar sobre lo que quiera decir una cultura argentina; pero modifica el alcance y la delimitación de esas prácticas. La escritura de Fernández no busca en el origen la unidad de la comunidad, las marcas indelebles e inalterables que conforman una y la misma cultura a lo largo de décadas y siglos (como pretendería una genealogía romántica), sino la dispersión y el desplazamiento de huellas y trazos que insisten, se repiten y difieren, se apropian, se recontextualizan, cristalizan, se olvidan y reemergen, etc. (de acuerdo con una genealogía nietzscheana-foucaultea). Y la cultura argentina (como la autora prefiere denominarla por oposición a “cultura nacional”, más ligada a las nociones de origen y unidad) es el resultado, o mejor el proceso inestable, imprevisible también, inconcluso por definición, que opone, organiza y distribuye estas huellas (símbolos, discursos, imaginarios) en la tensión entre la tradición (o tradiciones) y el canon. Esta dispersión, “desparramo” la llama Fernández, finalmente, impugna la idea de totalidad: la totalidad, lo mismo que la unidad y el origen, es en verdad el resultado de una operación canónica o canonizadora que se escamotea, para presentar una tradición selectiva como la única y verdadera y omitir o soslayar procesos y producciones alternas. En este sentido la propuesta de Fernández (lo mismo acaso que la de los hermanos Lamborghini o Aira, en otro registro por supuesto) es destotalizadora o profanadora, ya que, sin por ello prescindir de erudición y de sutileza en el análisis, intenta desmontar las configuraciones discursivas y simbólicas que han dado lugar a lo que entendemos por “identidad argentina”. De Rosas al peronismo (de Viñas a los Lamborghini y a Daniel Guebel), la “matriz narrativa” del país se consolida, se defiende, se impugna, se transgrede, se parodia y se subvierte, y Fernández persigue esos recorridos múltiples con atención crítica y lucidez. En este sentido sí puede decirse que el libro se pregunta qué es la cultura argentina: no cuáles son sus características esenciales, sus rasgos definitivos, sino cuáles son sus desplazamientos y permutaciones, cuál es el campo en el que esta repartición (por usar un término de Rancière que Fernández retoma) tiene lugar. Pero entonces surge una pregunta: este campo de experimentación con la tradición y el canon, de juego irreverente con los símbolos fundacionales de la nacionalidad, esta violencia literaria que responde y evidencia la violencia simbólica, y material, ejercida desde el poder, ¿puede encontrarse solamente en los hermanos Lamborghini, en Perlongher, en Ricardo Zelarayán, es decir, en autores cuyo circuito de recepción es

incontestablemente restringido, cuyo lugar en la cultura es marginal? Si lo que se pretende es entender “en qué consiste la cultura argentina”, sería igualmente válido, por ejemplo pensar en la dupla conformada por Pedro Saborido y Diego Capusotto - pienso en ellos por la lectura irónica que hacen del peronismo en general y de la militancia setentista en particular, pero también podría mencionarse ciertas experiencias del ámbito del rock (el disco de Don Cornelio y la zona de 1988, provocadoramente titulado “Patria o muerte”) o, más acá en el tiempo, del mundo del rap o la poesía de César González. La lectura de Fernández (su desparramo), legítima desde ya como modo de organizar un corpus, y productiva en sus alcances críticos, deja entonces resonando la pregunta (esbozada incluso en el último capítulo que trata de la serie televisiva “Un gallo para Esculapio”) por la relación entre canon, tradiciones y culturas masivas y populares. No ya cómo las clases letradas, más cercanas al poder o bien desde un margen crítico, capturan y reinterpretan las culturas populares, sino cómo estas mismas culturas resignifican y transforman, pervierten incluso, el patrimonio de lo que habitualmente llamamos lo argentino o lo nacional.